



LOUISE CANDLISH

NUESTRA CASA

*Familia. Matrimonio. Hogar.
Todo tiene un precio.*

«Inquietante.»
The Washington Post

«Adictiva.»
The Sunday Times

«Sorprendente.»
The New York Times

 Planeta

LOUISE CANDLISH

NUESTRA CASA

Traducción de Víctor Ruiz Aldana

 Planeta

Título original: *Our House*

© Louise Candlish, 2018

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: abril de 2021

ISBN: 978-84-08-24123-2

Depósito legal: B. 3.999-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotativas de Estella, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Viernes, 13 de enero de 2017
Londres, 12.30 h

Seguro que los ojos la traicionan, pero parece que alguien está mudándose a su casa. La furgoneta está aparcada en mitad de Trinity Avenue, con la boca cuadrada completamente abierta y un mueble enorme deslizándose por su ribeteada lengua de metal. Fi entorna los ojos ante los intensos rayos de sol —algo inusual en esta época del año, casi un regalo— y no pierde detalle de los dos hombres que, con el mamotreto a cuestas, atraviesan la cancela y avanzan por la entrada.

«Mi cancela. Mi entrada.»

No tiene ninguna lógica; es imposible que sea su casa. Debe de ser la de los Reece, dos por debajo de la suya; la pusieron en venta en otoño, y nadie tiene del todo claro si llegaron a venderla. Las casas a este lado de Trinity Avenue están todas cortadas por el mismo pa-

trón —adosadas de dos en dos, obra vista de ladrillo rojo y estilo eduardiano con las puertas de entrada del mismo color negro— y todo el mundo coincide en que es fácil confundirlas.

Hace tiempo, una de las veces en que Bram volvió a casa después de «un par de cervecitas» en el Two Brewers, se equivocó de puerta y ella oyó por la ventana abierta de su cuarto los golpes y rasguños que su marido, borracho, emitía al intentar introducir la llave en la cerradura del número 87, el hogar de Merle y Adrian. Eso sí: tanta persistencia la asombraba; tenía el terco convencimiento de que tan solo debía insistir hasta que la llave encajara.

—Pero es que son todas iguales —protestaba a la mañana siguiente.

—Las casas sí, pero hasta un borracho se habría fijado en las magnolias —le espetó Fi entre risas. (Eso era cuando verlo ebrio todavía la hacía reír y no la colmaba de tristeza o repulsión, en función de su estado de ánimo.)

Se para en seco: el magnolio. Un verdadero monumento, su árbol, un espectáculo muy celebrado cuando está en flor que no pierde ni un ápice de su belleza cuando se le caen las hojas, justo su estado actual, con las ramas exteriores elevándose hacia el firmamento con un encanto puramente artístico. Y no le cabe la menor duda de que se encuentra en el jardín de su casa, y la furgoneta también.

«Piensa.» Debe de ser un envío, algo que Bram ha

olvidado comentarle. Tampoco se lo cuentan todo; ambos han aceptado que este nuevo sistema es imperfecto. Vuelve a apretar el paso, usando una mano para protegerse del sol, hasta que está lo bastante cerca como para leer las letras de uno de los laterales del vehículo: MUDANZAS PRESTIGE HOME. O sea, que al final sí que va a ser una mudanza. Deben de ser amigos de Bram, que pasaban por aquí y han aprovechado para dejarle algo. Si dependiera de ella, sería un piano viejo para los niños («Señor, que no sea una batería, por favor»).

Pero un momento: el transportista ha vuelto a la escena y está cargando con más bártulos de la furgoneta a la casa. Una silla de comedor, una bandeja redonda de metal, una caja con la palabra FRÁGIL escrita y un armario pequeño y estrecho, de la medida aproximada de un ataúd. «¿Se puede saber de quién es esto?» Una ráfaga de ira hace que le hierva la sangre justo antes de llegar a la única conclusión posible: Bram ha invitado a alguien a vivir con él. Algún compañero de borrachera desahuciado, seguro, que no tiene dónde caerse muerto. («Quédate todo el tiempo que quieras, hombre; tenemos un huevo de habitaciones.») ¿Cuándo pretendía informarla? Bueno, pues ya se puede ir olvidando de compartir su casa, aunque se trate de algo temporal y por muy caritativas que sean las intenciones de Bram. Los niños tienen prioridad: ¿o no es justo eso lo que de verdad importa?

En los últimos tiempos teme que se estén olvidando de lo realmente importante.

Está a punto de llegar. Al pasar por delante del número 87, se percata de la presencia de Merle en la ventana de la primera planta, que en ese momento frunce el ceño y levanta el brazo para llamar la atención de Fi. Esta le hace un sutil gesto con la cabeza como respuesta al mismo tiempo que atraviesa su propia cancela y pone un pie en las piedras que conducen a su hogar.

—Buenos días. Disculpe, ¿qué está pasando aquí? —Sin embargo, en medio del barullo nadie parece oírla. Levantando la voz y forzando cada sílaba, añade—: ¿Qué están haciendo con tanto chisme? ¿Dónde está Bram?

Una desconocida sale de la casa, se planta en el umbral y esboza una sonrisa.

—Buenos días. ¿Puedo ayudarla?

Fi se queda sin aliento como si hubiera visto una aparición. ¿Esta es la amiga necesitada de Bram? Le resulta familiar más por tipo que por aspecto; es como ella —aunque más joven, claro, de unos treinta—: rubia, altiva y jovial, de esas mujeres que se arremangan y toman el control. El tipo, tal como la historia ejemplifica, que suele ponerles límites a los espíritus libres como Bram.

—Eso espero, sí. Soy Fi, la mujer de Bram. ¿Qué está pasando aquí? ¿Es usted... amiga suya?

La mujer da unos pasos hacia ella decidida, educada.

—Disculpe, ¿la mujer de quién?

—De Bram. Bueno, su exmujer, de hecho. —La corrección le merece una mirada curiosa, y la sugerencia por parte de «los tipos» de que se aparten de la entrada

y los dejen trabajar. Con el paso de un enorme lienzo cubierto con plástico de burbujas, Fi se permite resguardarse bajo las costillas del magnolio—. ¿Se puede saber de qué va esto? —exige—. Sea lo que sea, a mí no se me ha informado de nada.

—No sé a qué se refiere. —La mujer estudia a Fi con el ceño ligeramente fruncido. Sus ojos dorados transmiten sinceridad—. ¿Es usted una vecina?

—No, por supuesto que no. —Fi se va impacientando—. Vivo aquí.

Las arrugas de la frente se acrecientan.

—Diría que no. Nos acabamos de mudar. Mi marido está de camino con la segunda furgoneta. Somos los Vaughan —le suelta a Fi, como si, por alguna razón, los pudiera conocer, e incluso le tiende una mano—. Me llamo Lucy.

Fi, boquiabierta, trata de dar un voto de confianza a sus oídos y a la información falsa que le están transmitiendo al cerebro.

—Mire, yo soy la propietaria de esta casa, y creo que me constaría si hubiéramos decidido alquilarla.

La confusión se apodera del rostro rosado de Lucy Vaughan. Baja la mano que esperaba que le estrecharan.

—No la hemos alquilado; la hemos comprado.

—¡No diga sandeces!

—¡No estoy diciendo ninguna sandez! —La otra mujer se mira el reloj—. Oficialmente, nos convertimos en propietarios de pleno derecho a las doce, pero el agente nos ha dejado recoger las llaves antes de tiempo.

—Pero ¿de qué me está hablando? ¿Qué agente? ¡No hay ningún agente que tenga las llaves de mi casa! —El rostro de Fi se tuerce por emociones contradictorias: miedo, frustración, rabia e incluso una hilaridad reticente e incomprensible, porque esto solo puede ser una broma, por muy desproporcionada que sea. Si no, ¿cómo se explica lo que está pasando?—. ¿Me están gastando una broma? —Echa un vistazo por encima del hombro de la mujer en busca de cámaras, o al menos un móvil con el que estén grabando su desconcierto en aras del entretenimiento, pero nada; no ve más que una hilera de cajas entrando en la casa—. Porque no me hace ninguna gracia, sinceramente. Ya puede ir diciéndoles a estas personas que se detengan.

—No tengo ninguna intención de pedirles que dejen de hacer su trabajo —le espeta Lucy Vaughan, firme y resuelta, algo que coincide con el carácter de Fi, siempre que no la pillen por sorpresa con algo de esta magnitud. Su boca se contrae en un ademán de irritación, antes de esbozar una expresión de sorpresa—. Un momento, ¿me ha dicho que se llama Fi?

—Sí. Fiona Lawson.

—Entonces usted debe de ser... —Lucy se interrumpe al percatarse de las miradas indiscretas de los transportistas, y baja la voz—. Creo que lo mejor será que entremos.

Y así es como Fi se ve a sí misma invitada a entrar por la puerta de su propia casa, como una visita más. Al poner un pie en el amplio recibidor de techo alto, se

detiene, paralizada. Este no es su recibidor. Las dimensiones son las esperables, sí, los patrones argénteos y azules de las paredes coinciden y la escalera empieza a la misma distancia, pero lo han desnudado, saqueado de cualquier objeto que hubiera antes: la consola y el antiguo banco rústico colindante, el montón de zapatos y bolsas, los cuadros de las paredes. Y su queridísimo espejo de palisandro, heredado de su abuela... ¡tampoco está! Alarga un brazo para tocar la pared donde debería seguir colgado, como si esperara encontrarlo engastado en el yeso.

—¿Qué ha hecho con todas nuestras cosas? —le demanda a Lucy a voces. El pánico le hace perder el control y recibir una mirada reprobadora de uno de los transportistas, como si ella fuera la fuente de la disputa.

—Yo no he hecho nada —responde Lucy—. Fueron ustedes los que se llevaron sus muebles. Ayer, supongo.

—Nosotros no movimos nada. Necesito subir al piso de arriba —anuncia Fi, y se abre paso a golpe de hombro.

—Espere... —comienza Lucy, pero no es una petición. Fi no piensa esperar a que le den permiso para echar un vistazo a su propia casa.

Sube los escalones de dos en dos y frena en seco al llegar al descansillo, aún con la mano aferrada a la caoba curvada del pasamanos, como si creyera que el edificio iba a hundirse y desaparecer bajo sus pies. Debe comprobar que está en la casa correcta, que no ha perdido la chaveta. Bien, todas las puertas parecen condu-

cir a donde deben: dos baños, uno en el centro y otro al fondo, dos habitaciones a la izquierda y otras dos a la derecha. Incluso al soltar el pasamanos y entrar en cada estancia, sigue con la esperanza de ver las posesiones de su familia donde deberían estar, donde siempre han estado.

Pero no hay nada. Todo lo que tenían se ha desvanecido, no queda ni el mueble más pequeño, solo las marcas en la moqueta donde veinticuatro horas antes habían reposado las patas de las camas, las estanterías y los armarios. Una reluciente mancha en el suelo de una de las habitaciones de los chicos, obra de una pelotita de blandiblu que petó en una pelea durante uno de los cumpleaños. En una de las esquinas de la ducha de los niños hay un botecito de gel, el de extracto de árbol de té que recuerda haber comprado en Sainsbury's. Palpa con los dedos detrás de la alcachofa hasta dar con la baldosa resquebrajada (cuyo motivo de rotura nunca llegó a esclarecerse) y la presiona hasta que le duele, a fin de cerciorarse de que sigue siendo de carne y hueso y de que las terminaciones nerviosas continúan intactas.

El ambiente está cargado del aroma cítrico y punzante a productos de limpieza.

De vuelta en el piso de abajo, no sabría decir si el dolor que siente proviene de sus adentros o de las paredes de lo que antes era su hogar.

Lucy, cuando la ve acercarse, dispersa a un par de transportistas y Fi aventura que ha rechazado la ayuda

que le habían ofrecido; ayuda para quitársela de encima. A ella. A la intrusa.

—¿Señora Lawson? ¿Fiona?

—Eso es increíble —concluye Fi, repitiendo la última palabra, que define lo que siente en estos momentos. La incredulidad es lo único que ahora mismo impide que hiperventile y acabe sufriendo un ataque de histeria—. No entiendo nada. Le pido, por favor, que me explique qué está pasando aquí, pero ya.

—Llevo un rato intentando explicárselo. Déjeme que le enseñe pruebas —sugiere Lucy—. Vamos a la cocina; aquí molestamos.

La cocina está prácticamente vacía, excepto por una mesa y unas sillas que Fi no ha visto en su vida y una cajita abierta con utensilios para preparar té sobre la encimera. Lucy tiene la consideración de cerrar la puerta para no importunar a la invitada con el trasiego de cajas y transportistas que están culminando la invasión.

«La invitada.»

—Mire estos correos —le dice Lucy, y le ofrece a Fi su móvil—. Son de nuestra abogada, Emma Gilchrist, de Bennett, Stafford y Asociados.

Fi acepta coger el teléfono y ordena a sus ojos que enfoquen la información. El primer correo data de siete días atrás, y parece que es la confirmación de la firma de los contratos por el número 91 de Trinity Avenue, Alder Rise, entre David y Lucy Vaughan y Abraham y Fiona Lawson. El segundo es de esta misma mañana, y anuncia la compleción de la venta.

—Se ha referido a él como Bram, ¿verdad? —pregunta Lucy—. Por eso me ha costado entenderla. Bram es el diminutivo de Abraham, claro. —Ha sacado también una carta, que contiene la apertura de una cuenta de British Gas, a nombre de los Vaughan, con residencia en Trinity Avenue—. Pedimos que no nos enviaran facturas en papel, pero, por alguna razón, nos ha llegado esta por correo ordinario.

Fi le devuelve el móvil.

—Todo esto es papel mojado. Podrían ser documentos falsos. *Phishing* o algo por el estilo.

—¿*Phishing*?

—Sí, hace unos meses montamos una reunión con los vecinos en casa de Merle para hablar de crímenes que pudieran afectarnos, y la policía nos lo explicó con pelos y señales. Ahora los correos y facturas falsos pueden parecer muy convincentes; confunden hasta a los expertos.

Lucy esboza una media sonrisa exasperada.

—Le prometo que son reales. Todo es cierto. Ya deberían tener el dinero en su cuenta.

—¿Qué dinero?

—¡El que hemos pagado por la casa! Mire, lo siento, pero no puedo seguir repitiéndole una y otra vez lo mismo, señora Lawson.

—Es que no le pido que me lo repita —le espeta Fi—. Le digo que esto tiene que ser un error. Le digo que no es posible que hayan comprado una casa que nunca hemos puesto en venta.

—Ya, pero es que estaba en venta, se lo aseguro. Si no, no podríamos haberla comprado, evidentemente.

Fi se queda mirando a Lucy, desorientada por completo. Lo que dice, lo que hace, es propio de alguien fuera de sus cabales, pero no parece estar delante de una loca. No, Lucy tiene la pinta de ser una mujer convencida de que la demente es la persona con la que está hablando.

—Tal vez debería llamar a su marido —sentencia Lucy.

Ginebra, 13.30 h

Está tumbado en la cama de una habitación de hotel, incapaz de controlar los espasmos de las extremidades. El colchón es bueno y está pensado para absorber las noches en vela, las de pasión y las de pesadillas descorazonadoras, pero no sirve de nada ante una agitación tan desatada. Ni siquiera los dos antidepresivos que se ha tomado le han hecho efecto. Quizá lo que lo está sacando de quicio son los aviones y esa manía despiadada de alzar el vuelo y aterrizar entre rugidos, uno detrás de otro, quejándose de su propio peso. Aunque lo más probable es que tenga que ver con el pavor que le provoca lo que ha hecho, la comprensión progresiva, incipiente, de todo lo que ha sacrificado.

Porque ya es real. El reloj suizo ha marcado la fatídica hora. Las 13.30 aquí, las 12.30 en Londres. Se ha ma-

terializado en su cuerpo lo que durante semanas solo existía en su cabeza: ahora es un fugitivo, un hombre a la deriva por sus propios actos. Se da cuenta de que había tenido la esperanza de encontrar, por desolador que parezca, un cierto alivio, pero ha llegado el momento y se ha topado con algo aún más deprimente: la nada. Tan solo la misma mezcla insoportable de emociones que lleva sintiendo desde que se fue de casa esta misma mañana con una sensación profundamente fatalista y, a la vez, listo para sobrevivir a cualquier cosa.

La virgen. Fi. ¿Lo sabrá ya? Alguien se habrá dado cuenta, ¿no? Seguro que la han llamado para comunicárselo. Puede que esté de camino a la casa en este mismo instante.

Se incorpora, apoya la espalda en el cabecero y trata de distraerse echando un vistazo a la habitación. El sillón es de polipiel roja y el escritorio está cubierto de un barniz oscuro. Una vuelta a la estética de los ochenta, mucho más desagradable de lo que cualquier persona merecería presenciar. Se gira y deja las piernas colgando a un lado de la cama. Nota el suelo cálido bajo los pies descalzos; debe de ser de vinilo o de algún otro material artificial. Fi lo reconocería; la apasiona el diseño de interiores.

La mera idea le produce un espasmo de dolor y, de nuevo, falta de aliento. Se pone en pie en busca de aire fresco —la habitación se encuentra en la quinta planta y la calefacción central está a tope—, pero detrás del complicado montón de cortinas tan solo encuentra un

par de ventanas selladas. Algunos coches, blancos, negros y plateados, avanzan por la calzada que separa el hotel y el aeropuerto, y, más allá, las montañas aíslan y resguardan, ufanas con sus picos blanquecinos salpicados de azul eléctrico. Sabiéndose atrapado, se vuelve de nuevo hacia la habitación y, para su sorpresa, le viene a la cabeza su padre. Alarga una mano hasta el sillón y se agarra al respaldo. No recuerda el nombre del hotel, lo escogió sobre todo por lo cerca que estaba del aeropuerto, pero sabe que es justamente el lugar desalmado que merece.

Porque ha vendido su alma, eso es lo que ha pasado. Ha vendido su alma. Y todavía no ha transcurrido tiempo suficiente como para haber olvidado lo que sentía cuando aún la conservaba.